







MUCHOS AÑOS DE ESPERA



Waldemar Hermina Gerena

MUCHOS AÑOS
DE ESPERA





Primera edición: diciembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Waldemar Hermina Gerena

© Ilustración de portada: Susana Rivas

ISBN: 978-84-16824-72-4

ISBN digital: 978-84-16824-73-1

Depósito legal: M-29330-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Dedicado a la memoria de Leonor Rubio
Medina, una mujer incansable.*



Los personajes en esta novela son ficticios.
Cualquier parecido con personas o eventos
de la vida real es pura coincidencia.



Las nubes siempre deambulaban por el pueblo. La gente no sabía de dónde venían o cómo se formaban y, aunque estaban al tanto de su acostumbrado curso silente, solo las notaban cuando se mostraban con ánimos de derramar su agua. Tenían claro que el viento las transportaba; quizás desde bien lejos y que algunas atrapaban gotitas de agua en el trayecto hasta saturarse y teñirse del color del día nublado, pero se les hacía difícil concebir que el agua también flotara con ellas. Se amontonaban a diario por el litoral, mostrando diferentes tonos de blanco, gris o morado y diferentes tipos de apariencias, pero hacía varios meses que evadían la tierra firme y dispersaban todas sus gotitas sobre la inmensidad del Atlántico. La sequía había hecho estragos en la tierra y la frecuencia de las vacas del pueblo mostraba la miseria de estar vivo sin poder vivir como Dios mandaba. El embalse se había reducido a un lodazal pre-colombino donde crecían yerbas terrestres y, para el mal augurio de todos, las chopas, las jovinas y las chágaras se habían pescado hasta con las manos. La tierra maltrecha del norte ardía de sed y los fieles insistían que por las grietas de la piedra caliza se filtraban los gemidos de las almas en pena. Los rumores del sur contaban que en aquella tierra árida los tomates se estaban cosechando prematuros y amargos, no servían ni para el sofrito y, según los pescadores, los marullos del Caribe cada vez se alejaban más de la orilla. Los meteorólogos juraban que aquel panorama no tenía pensado cambiar, pero según Estrella del Mar, las predicciones de aquellos faranduleros eran basadas en cálculos y especulaciones, en cambio, las de ella brotaban de los archivos mentales que acumulaba de las últimas doce décadas, los cuales indicaban que jamás había existido un mayo sin lluvia y que su primer aguacero era reminiscencia absoluta que el mundo aún rotaba y los dotaba de vida.

La madre naturaleza no estaba con ánimos de defraudar a sus isleños y, en contra de los pronósticos, cambió de parecer y desvió sus nubes en dirección de los cañaverales. A eso de las dos de la tarde del tercer día del mes, los tradicionales nubarrones se colmaron de tanta agua que tiñeron de oscuro el firmamento, tal y como si la noche se quisiera apoderar del día. Se dispersaron por las llanuras costeras, hasta que se congregaron sobre los mogotes del centro y, mientras prometían el primer aguacero de mayo y las piñas y las cañas de azúcar presentían el agua y se alegraban, los isleños se quitaban las camisetas porque ya podían sentir aquella brisa húmeda que arrastraba aquel olor a viento frío. La evidencia era indiscutible; el agua venía. El tradicional aguacero de mayo no defraudó y se derramó sobre el pueblo de este a oeste, anunciándose a varias leguas de distancia con el berrinche que producían las gotas cuando rebotaban sobre las palmeras, los cañaverales y los techos de zinc. Después de anunciarse con sus ruidos naturales, les reveló el tamaño de sus gotas a los videntes, quienes las visualizaban caer desde muy lejos y hasta podían sentir las refrescando la ardientía de las calles vecinas. Nadie tenía idea del diluvio que se avecinaba y, al momento, solo se enfocaban en aquel caer grisáceo que cubría el horizonte, mientras les obstruía y les empañaba la visibilidad, también les aumentaba la obsesión de sentirlo en carne propia. Las gotas del diluvio deleitaron con la acidez de su saborcito los labios de los noveleros sin camisa, quienes las disfrutaron sin prisa porque, según la tradición, al enjuagarse con ellas revitalizarían los estragos inevitables de vivir, crecer, envejecer y se abastecerían de su buena suerte sin temor a que se les resfriaran los pulmones.

El agua se dejó sentir con la intensidad esperada por catorce horas, de las cuales solo bastaron diez para que se llenaran a capacidad los embalses, las quebradas, las pozas, los ríos y todas las palanganas que la gente tenía en sus patios a la espera del tan preciado líquido. Después de veinticuatro horas de un aguacero que ya catalogaban como onda tropical, la intensidad bajó y solo se sentía una llovizna fastidiosa que todavía era lo suficientemente intensa para llamarla lluvia. A las veintiséis horas de lluvia continua, las calles del pueblo se podían navegar con las yolas de los pescadores y, a las cuarenta y ocho, la misma isla que la había echado de menos ahora la tenía de sobra y le molestaba, tal y como si la hubiese implorado con tanto fervor, que al universo se le fue la mano y no encontraba cómo devolverle la dicha de un amanecer brillante.

Bastaron tres días de lluvia para que la defensa civil abriera un albergue en la escuela elemental del pueblo y, justo al anochecer, cuando terminaron de acomodar al último refugiado, tuvieron que correr hacia la cuesta de Linda Vista, donde el suelo ya no podía tragar más agua y, a manera de protesta, expulsó siete ataúdes del cementerio cuesta abajo. Ayudados por la llovizna perenne y las corrientes terrestres de fango arcilloso, las cajas podridas emprendieron la marcha a las volandas hasta que reventaron en las paredes de la casa de Estrella del Mar, dejando una mezcla pegajosa de muertos viejos y hediondos, fango podrido, madera apollillada y lluvia. Estrella escuchó el estruendo del impacto y, dada su naturaleza de novelera, se asomó por la ventana; para su sorpresa, se topó con los cráneos peludos y las osamentas cubiertas en harapos que forcejeaban para meterse sin invitación a la sala de su casa. Toda su vida había ansiado morir de sueño, pero bajo ninguna circunstancia pensaba morir de susto y, antes que la histeria le arrebatara la vida, gritó como demente hasta donde aguantaron sus pulmones y huyó aterrada. Salió por la parte de atrás para no pisar los esqueletos atolondrados, pensando que aquello tenía que ser algún presagio del Diablo, porque de seguro se le estaba llenando de agua el infierno y estaba buscando algún lugar por donde salir. Se tiró a la intemperie sin pensar que las calles de la bajura estaban igual de bravas que la mar en diciembre y, cuando entró en sí, ya había nadado unas siete cuadras y solo le faltaban tres para llegar a la casa de Antonia. A pesar que Estrella del Mar había vivido gran parte de su vida adulta al lado de aquel cementerio centenario, nunca se había preparado para una ocasión como aquella. Manejaba los ruidos inexplicables, las voces nocturnas, las luces intermitentes que levitaban de la tierra y las plegarias ululantes con toda la cordura del mundo; nunca le quitaba la tranca a la puerta cuando la invisibilidad del silencio nocturno reventaba a golpes la argolla de la aldaba pidiendo entrar. Después de todo, llevaba tres cuartos de siglo durmiendo con el panorama de la muerte a diez pasos de su balcón y jamás pensó que los mismos muertos llegarían a su casa con tanta urgencia. Logró caminar con el agua a la cintura la última cuadra, y se sorprendió de ver que aún no habían terminado de poner los últimos bloques del balcón.

—¿Y eso? —preguntó Estrella mientras le abrían la puerta.

—Esta lluvia ha *interferido* con todo, y no hemos *podido* hacer la última mezcla de cemento —contestó Juan.

—¡Bendito sea Dios! Dale una toalla *pa* que se seque y búsqenle ropa seca que yo no la quiero ver enferma —gritó Antonia mientras manejaba con destreza y valentía las complicaciones del quinto parto—. Esta mamita mía sí que tiene gustos que merecen palos. ¿Cómo te atreves a tirarte a la calle con esta tempestad?

Estrella se llevó la segunda sorpresa del día al ver que a Antonia se le había adelantado el parto, y al ver la cara de preocupación en el semblante de la comadrona. Chela, la partera por excelencia de los campesinos de las jaldas del monte y de los pescadores de la bajura, había sido idealizada como la autoridad máxima de los partos caseros, a pesar de que todos sabían que ser comadrona era la segunda profesión que ejercía en su vida. En su primera década de vida adulta había destacado por conseguirse el peso remendando y curando achaques casuales con yerbas caseras y realizando despojos y limpias con sus caracoles y recomendaciones de espíritus sabios y alegres, pero a pesar de las críticas de que solo lo había ejercido para buscarse el billete y a pesar de los posibles engaños que había fabricado para mantener viva su profesión, nadie cuestionaba su habilidad como partera. Con el tiempo, la gente se aferraba menos a las limpias y buscaba sus remedios en la farmacias, por lo que desde hacía dos décadas que Chela se empleaba de lleno en el oficio de traer niños al mundo, el cual, a pesar de recesiones o tiempos de vacas flacas, siempre le dejaba su peso para subsistir. Aquella veterana en el arte de traer tiernitos al mundo no tenía pensado manchar su reputación invicta de cientos de bebés nacidos y ninguno muerto; no tuvo más opción que aceptar que aquel reto requería de una medicina que ella no poseía y, humildemente, recomendó que se fueran al hospital. Sin temor a represalias les afirmó: «Esto ya es *pa* que lo atienda un médico de los que sabe la medicina de los libros». El semblante de preocupación que mostraba Chela fue todo lo que Estrella del Mar necesitó para deshacerse del susto de los muertos que le habían tocado la puerta. Entró en la habitación y le exigió a su muchacha que se levantara.

—Mira mijita, si ese nene no quiere salir, van a tener que sacarlo a la fuerza y eso solo lo puede hacer un médico con bisturí, así que vámonos *pal'* hospital —insistió mientras se secaba con la toalla.

—Ni modo, por la vía llegamos más rápido que por ahí nunca se inunda —dijo Antonia mientras sujetaba la barriga atascada en su vejiga.

—Mijita, tú no viste lo *entripá* que yo llegué. Tuve que nadar siete cuadras para llegar aquí. Tú no puedes irte a patitas por la vía, porque esto es ya un diluvio de los bíblicos, algo nunca antes visto; mira que hasta al Diablo se le está inundando el infierno.

—¡No diga eso por Dios! Que esto es solo una vaguada de las muchas otras que hemos tenido —dijo Chela con autoridad.

—¿Qué, qué? imagínate que hasta a los muertos se les inundó el cementerio, se salieron y fueron a parar a mi balcón; después de nadar tuve que correr con el agua a la cintura y casi me lleva la corriente.

—¿Cómo va a ser? Si eso nunca ha *pasa'ó* en este pueblo —intervino Juan un tanto incrédulo.

—Muchacho, por poco infarto cuando escuché aquel azote contra la pared. Cogí y me asomé *pa* toparme con aquel montón de huesos prietos arrinconándose contra la puerta y, antes de que el susto me jodiera y me diera el trancazo final, eché patitas a correr y ni me acuerdo si le eché llave a la puerta.

Antonia había parido a sus primeros cuatro hijos en su casa con la partera, con la ayuda de sus tías. A la hora de dar a luz, los hijos más pequeños eran llevados a la casa de los vecinos para que no presenciara la agonía de su madre y Juan, su marido, esperaba dando vueltas por la casa. Iba de la sala al patio y del patio al cuarto, mordiéndose las uñas, clamando para que todo terminara, pero con la botellita de ron al alcance de la mano. Por lo general, la comadrona preparaba su habitación con sábanas, toallas, palanganas de agua, la tijera y el encendedor de tabaco con el que cauterizaba el muñón umbilical y otros efectos necesarios para llevar a cabo la labor de dar a luz, tales como las velas para la Virgen del Carmen y el caracolito del quinqué humeante para los mosquitos. Aquel día de mayo, justo al tercer día del diluvio, Antonia de la Concordia Rosario Izaguirre pujó y se esforzó por más de diez horas con la serenidad de una persona que acepta su destino y, con la calma de alguien que no reniega el pasado, no fue hasta el atardecer cuando la incertidumbre en el rostro de la comadrona trastocó su aura inalterable. Fue entonces que finalmente tragó profundo, sudó frío y se convenció que aquel parto estaba muy lejos de ser rutinario. Todo indicaba que, a sus 41 años, el ajetreo de aquel quinto parto era señal irrefutable que su cuerpo ya no podía seguir produciendo vidas.

Recogió todo su dolor con destreza y paciencia mientras con ambas manos se agarró la panza e insistió que se iba caminando. El bebé estaba decidido a desbaratarle el cérvix para conocer el mundo, pero ella aun tenía todo bajo control. La vía del tren era el atajo que todos usaban para llegar al hospital, para ir a trabajar al ingenio de azúcar, para ir a picar caña y el que usaban los niños para llevar las fiambreras del almuerzo a sus padres en la Central. Por lo general, el pueblo entero transitaba sobre las tablas de la vía y, cuando venía el tren, se echaban a un lado para dejarlo pasar. Juan la regañó y la montó a empujones en un *Packard* negro sin capota de los que prendía con manigueta. El chofer cogía el volante con la izquierda y el paraguas con la derecha, al igual que Juan, que hacía lo propio para que su mujer no se mojara mientras trotaban sobre las tablas de la vía. La otra alternativa requería remar en yola por la laguna de las calles. Como solo había espacio para dos —aparte del conductor—, Estrella se fue andando por la vía del tren con la maleta en una mano y el paraguas en la otra, espantando los sapos a chancletazos e imaginándose a los muertos guareciéndose del diluvio infernal en la sala de su casa. Reprendió aquella trastada que le había hecho el Diablo, pero bajo ningún concepto miró hacia atrás en los doce minutos que le tomó cruzar la vía. Sabía que la Muerte le había perdonado el susto pero, como siempre, le podía escuchar sus pasos y no estaba con humores de voltearse a mirar las pisadas que dejaba bien marcadas tras las de ella en el lodazal del camino.

Aquel balcón remendado con madera del otro siglo simbolizaba el punto medio entre la plaza de recreo y la playa. Estratégicamente se prestaba para paradas y conversaciones; cotidianamente era la ventana donde emanaba a diario la buena voluntad de su dueña. La Antilla entera que se asomaba por la baranda no podía imaginarse aquella casa sin la presencia de Antonia de la Concordia, como si la misma historia no tuviera evidencia de algún principio sin ella allí sentada. Las imágenes de la doña en su balcón quedarían impregnadas en las historias y las memorias del litoral y, décadas después, sin que ella lo hubiese exigido o pretendido, sería recordada como aquella gran matriarca que fue recibida en su trono de ruedas por una multitud tan innumerable que, al no caber en la calle, terminó sentada hasta en las capotas de los carros y en los techos cercanos.

Las escrituras del gobierno municipal establecían que la casa número 14 de la calle Petronila Matos, compuesta por cuatro habitaciones y un baño, había sido construida con madera de roble y con techo de cinc, y completada para finales del año 1881. Medio siglo después, la escritura señalaría a Juan Rodríguez Ortiz como el nuevo dueño, pero no explicaría que la adquirió después de una buena racha con unos números que le pegaron al reintegro de la lotería nacional. Los \$200 fueron más que merecidos dado que la miseria de la guerra en Europa y la recesión en la nación americana difundían sus estragos hasta en los confines más remotos del hemisferio, incluyendo los recovecos más enajenados donde se regía el diario vivir de los caribeños. El infortunio de la recesión lo trajo Blanton Winship, quien gobernaba con indiferencia aquel terruño ajeno. Se lo había encomendado el Congreso y, una vez se plantó en el trono, ejerció su autoridad ejecutiva con toda la altanería que cargaba

por sentirse superior a los hijos de Borinquen. Disfrutaba montarse en su tribuna con la intención de que lo viera el mundo entero. En aquella ocasión, le exigió a su traductor que explicara al pueblo con lujo de detalles que en su sano juicio las leyes del Congreso no aplicaban al territorio anexado y, por lo tanto, la Isla no se beneficiara con la nueva ley norteamericana que aumentaba el salario mínimo para los trabajadores de la caña al doble de los escasos 12.5 centavos por hora. Para la mayoría de los residentes la noticia era nefasta: el estancamiento de los salarios hacía que las propiedades perdieran valor, pero la desdicha no alcanzó a impedir la adquisición de la casa. Los recién casados hicieron la mudanza a pie, con carretillas y un buey que tiraba de una carreta; bastaron cuatro viajes para traerlo todo. Antonia se encargó de restablecer el orden y, mientras desempacaba, mantenía el oído en la radio donde la noticia confirmaba las 19 muertes a quemarropa de unos civiles que marchaban con la Junta Nacionalista de Ponce; antes de desempacar el último cajón, ya corría de boca en boca el rumor de que el mismo Mr. Winship era responsable directo del crimen.

La casa estaba apolillada y carcomida por el salitre que transportaban los vientos Alisios y pedía a gritos una renovación desde los cimientos hasta el techo. Después de siete años y cuatro hijos que vieron la luz del mundo allí, decidieron gastarse los ahorros y las energías de toda una vida para renovarla. La reconstrucción de la antigua casona de madera se inició poco después que el gobierno creara una tal Junta de Planificación con la que pretendía desarrollar el plan infinito de la infraestructura moderna de la Isla. Al principio, la remodelación de la casa marchaba a buen ritmo, siempre a las espaldas del gobierno y de su nueva Junta de Planificación que se empecinaba en controlar cuándo, dónde y cómo se tenía que construir. Preocupado por los rumores de las posibles infracciones que podría enfrentar por construir a escondidas y sin permiso, Juan decidió comenzar la faena de levantar paredes de bloque y hormigón armado por la parte de atrás aunque, en realidad, no sabía de quién sospechar, porque la Junta de Planificación no tenía presencia en aquel pueblo y la guardia municipal era muy fácil de sobornar. Año tras año, fin de semana tras fin de semana, bloque tras bloque, se fueron levantando las paredes de cemento en un proceso que iba de atrás hacia el frente. Trabajaban cuando se podía, por lo general los sábados y algunos domingos, dado que raras veces tenían

días libres de lunes a viernes. Juan trabajaba en la industria azucarera, siempre y cuando hubiese caña para cortar y refinar; en el tiempo muerto se las arreglaba mezclando cemento, empañetando paredes, erigiendo columnas y restregando las paredes ahumadas y prietas de la chimenea de la Central. Juan y sus dos hombres se habían empleado con esmero y de sol a sol por tres años corridos, mezclando —siempre encima de la carretilla— las dos cuartas de la argamasa aglutinante, con otras dos cuartas de gravilla y arena, que colaban por los agujeros de los bloques y entre medio de las barrillas de las columnas. Una vez rellenaban los bloques y las columnas, mezclaban el cemento fino con arena para el empañetado de las paredes. Las manos de Juan Rodríguez habían abierto todos los sacos de cemento y habían erigido todas las barrillas que sujetaban las columnas. Solamente la casucha de madera en el patio retuvo su madera original, dado que don Diomedes Rosario Rubio se mantuvo firme en su decisión de que no gastaran ni un centavo mejorándola. Como excusa principal, acudió a un sermón de aspecto climatológico y dijo: «Es que el frío traspasa el cemento, y estos huesos viejos se me van a entumecer... y después, ¿cómo me voy a mover?». Tras varias trifulcas donde discutieron por los fríos inexplicables que surgían bajo la penumbra de los aguacates, los cuales no se reflejaban en el interior de la casucha donde el calor siempre oscilaba entre sofocante e insoportable; después de discutir por las diferencias pragmáticas de lo que realmente era el fresco, el frío, lo tibio y lo caliente, dejaron que el anciano se arrimara a su suerte y fuera feliz a su manera. Como último argumento, Diomedes les reiteró que nunca había vivido encerrado en cuatro paredes de concreto y tampoco había tenido luz eléctrica ni inodoro, por lo tanto los convenció para que le dejaran vivir sus últimos años de la misma forma que había vivido sus primeros ochenta y tres.

Inicialmente, Juan transformó los escalones de la parte trasera de la casa que daban acceso al patio y después el cuarto adyacente a las escaleras, la habitación de Conchita, la hija mayor de Juan quien llevaba el nombre de su primera esposa. Transfirieron a Conchita con todas sus muñecas, sus coloretes de maquillaje en polvo y los lápices labiales, las cremas de hidratación, las fragancias de almizcles sintéticos, los esmaltes de uñas, sus cofrecitos de colores y sus jabones Maja al dormitorio de Carmín y Josefina, sus hermanas menores por parte de padre, mientras

erigían las paredes. Conchita era la mayor de todas y la menor de todas. A sus 18 años, era una mujer adulta de carnes gruesas que portaba unos rizos negros que le colgaban hasta sus caderas y mostraban los indicios de unas canas juveniles, pero hacía trece años que la tifoidea la había condenado a vivir atrapada en una niñez parvularia de la cual la medicina jamás podría rescatarla. De acuerdo a Juan, aquella fiebre entérica le había achicharrado el cerebro a su hija y la había convertido en un ser extraño, diferente, distante de la realidad pero, al parecer, tanto al padre como a la hija le convenía sobrellevar aquella vida en la inocencia. Juan sabía que la tifoidea le había robado a su primogénita y, en cambio, le había devuelto en vida a una niña con una personalidad inalterable por el tiempo, quien aprendió a decirle papá y a reconocerlo como tal en dos procesos muy distintos. Conchita no tenía memorias de su progenitora; en su conciencia no solo reconocía que había nacido a los cinco años, sino que reconocía a Antonia como su madre biológica y la trataba con aquel cariño maternal que se adquiere en el vientre. Quizás, por eso Antonia era la única persona que podía manejarla dado que, en ocasiones, aquella vida inocente perdía el control y la fuerza de sus arrebatos y trastornos alcanzaban a desarticular las bisagras de las puertas; el trueno de sus gritos resonaba en las paredes y descolgaba las ollas y las sartenes que colgaban sobre la estufa. Antonia la calmaba sin alzarle la voz y, después de varios «sí mami» por parte de Conchita, la hacía tragarse la pastilla tranquilizante y la encerraba en el cuarto con sus muñecas para que el juego imaginario y la dosis del barbitúrico la devolvieran a su infantilismo habitual. Como toda hija también le refunfuñaba, porque desde que se levantaba la ocupaba con los quehaceres del hogar y solo le daba las dos horas de la siesta para que le peinara el cabello y maquillara a sus muñecas —claro, después de haberlas bañado con los jabones botánicos. Conchita solo salía los sábados, a la hora del sol calcinante de la una de la tarde. Pasaba los sábados y los domingos con su única tía materna, y si no la llevaban a la hora indicada se iba toda emperifollada a pie, sin importarle que cuando llegara donde su tía, el embarre de polvo, colorete y delineador se le derramaría por las mejillas como si fueran lágrimas de colores derretidos. Juan no tenía carro ni manejaba, pero por lo general conseguía que alguno de sus allegados le hiciera el favor. El chofer tenía que seguir las instrucciones de Conchita al pie de la letra,

siempre transitando por la única ruta que ella conocía porque, de lo contrario, se desesperaba y soltaba una de aquellas cantaletas ecológicas que solía soltar cuando la hacían limpiar, peinar o bañar a sus muñecas, las cuales siempre comenzaban con un tradicional e incoherente: «Es que así no es que se puede...».

Los fondos se extinguieron y la obra maestra se quedó en veremos. Al momento de la pausa, Juan había completado unas tres cuartas partes en cemento y lo que quedaba vigente de la antigua casona era el esqueleto apolillado de los vestigios de madera de aquel balcón del tiempo de los españoles. Los Rodríguez-Rosario hicieron de tripas corazones para ahorrar hasta el último centavo y para soportarse y mantener la calma en su casa agujereada y cubierta con remiendos de lona impermeable. Mientras esperaban por más cemento para mezclar, la radio les aseguraba que, a diferencia de su obra maestra, su terruño no vislumbraba quedarse en veremos, ya que el Congreso les decretó la autonomía de elegir su propio gobierno. El estatuto de la democracia se hizo realidad y, justo antes de reanudar la faena, disfrutaron el derecho otorgado: votaron por el compatriota don Luis Muñoz Marín —quien según las malas lenguas, había creado su propia ley 53 para ejercer el poder con justicia para sus seguidores y mano dura contra la oposición— para que ocupara el puesto de gobernador. Aquella segunda fase de la faena se mantuvo a buen trote durante los meses frescos y durante la sequía, hasta que el diluvio de aquella primera semana de mayo impidió las últimas diez mezclas que faltaban para cimentar los últimos bloques del balcón de la renovada casa número 14 de la calle Petronila Matos.



El *Packard* trotó por la vía del tren aplastando la plaga de sapos y sabandijas que se le interponían en el camino. La lluvia les había llenado sus escondites de agua y preferían morir reventados por las ruedas del carro a morir ahogados. Antonia ya no tenía que contar la frecuencia de las contracciones, ni estimar cuánto perduraban. ¿De qué servía? Ninguno de los anteriores le había costado tanto trabajo y el dolor comenzaba a superar su preocupación primordial: «Hacía rato que ese muchacho tenía que haber nacido», dijo mostrando las primeras señales de su frustración. Los dos hombres la cargaron al hombro, mientras ella se aguantaba la vejiga apretujada; la llevaron hasta el centro de cuidado donde la acomodaron en una salita que destellaba el olor inconfundible de la esterilidad. No tuvo que esperar. El médico deambulaba contando los minutos por los pasillos del hospital, pero en ese momento estaba justo en la puerta viendo las gotitas caer.

—Buenas noches —dijo el Galeno—. Dígame, ¿en qué les puedo servir?

—¿No la ve que va de parto? —dijo Juan un tanto alterado.

—Claro —dijo el Galeno mientras se acomodaba en la silla—. Pero explíqueme; ¿Por dónde va? ¿Ya rompió fuente?

—Hace horas que se vació completita, ahora mismo ese muchacho está *apretuja'o* ahí dentro, seco y sin poder salir.

El Galeno mantuvo la compostura que había aprendido muchos años atrás en la Facultad de Medicina y, con la ayuda de la enfermera, le hizo la inspección manual de la cervix —ante el asombro de Juan, que de no ser por la urgencia que no comprendía hubiese matado aquel malparido que le acaba de meter dos dedos por la entrepierna a su mujer—, y se convenció de que aquel neonato traía el cordón umbilical enrollado

en su cuello. Mantuvo la calma, aquella que no se podía enseñar; la que llevaba en la sangre y le proveía aquel pulso silencioso y apto para las cirugías. Los miró por encima de sus lentes y propuso: «Hay que prepararla para una cesárea extra-peritoneal, y les exhorto, que de una vez, si no desean tener más hijos le puedo llevar a cabo la asepsia».

—Lo que sea; que salga ya este muchacho que me está matando —dijo Antonia, quien comenzaba a perder la calma—. Lo que me da pena es que nazca con este diluvio.

—Eso es lo de menos mijita, acuérdate que el agua es símbolo de vida, tranquilidad y pureza; yo creo que es un buen augurio —intervino Estrella, que acababa de asomarse en la habitación chorreando las gotas de la sombrilla como si fuera la sala de su casa.

—No se preocupe señora, que en unos diez minutos ya lo tendrá en sus brazos —dijo el Galeno frotándose las manos.

—Perfecto —dijo Estrella del Mar—. ¿Cuándo empezamos?

—Empezamos es en plural. Mejor dicho, cuando empiezo, así que no se incluya, que para eso tengo a las enfermeras.

El Doctor exigió paciencia al futuro padre y le reafirmó que su señora estaba en buenas manos mientras lo escoltaba hasta la sala de espera. Juan y Estrella lo vieron marcharse a lo lejos, con aquel caminar clásico de una persona que no vive presionada por la urgencia del reloj y quien, a pesar de llevar tres días sin dormir en su propia cama, aún mostraba los ademanes del buen vivir. Llevaba pocos meses en el pueblo, pero hacía doce años que se había graduado de médico en Santiago de Compostela, por lo tanto pasar tres días encerrado en el cumplimiento de su deber no era nada del otro mundo, porque en los ocho años que le tomó su carrera, sus pies nunca pisaron su caribe natal. Contrario a la parsimonia del Galeno, el semblante de Antonia mostraba haber sobrepasado los límites de la cordura, y los dos luceros de su alma proyectaban que su dolor exigía auxilio. La agonía le había extinguido el silencio, la calma y la buena voluntad heredada de su fallecida madre —cualidades que por consiguiente habían sido reforzadas por la gracia de la Virgen del Carmen— y por primera vez en cuatro décadas, se encontraba al otro lado de su vida. Despotricó sin temor a represalias. Soltó coños y carajos a todo pulmón y tildó de hijos de puta a los machos que le pegaban hijos a las mujeres sin tener que sufrir el parto. Sin saber por qué, se cagó en

la ostia, pero cuando se le cagó en la madre al Diablo lo hizo con gusto porque tenía razones de sobra con aquel condenado. Se lamentó por las malas contracciones y por el maldito dolor de sus entrañas; por la lluvia de sobra que impedía que terminaran su balcón; por tener que parir en otra cama que no fuera la suya; por el arroz de las cinco de la tarde que se le quedó pegado al caldero; por el pollo que nunca alcanzó a freír; por sus dos hermanas mayores que pagaban por no atender a su padre ermitaño, alcohólico, y majadero; por lo difícil que era cargar todo el peso de su familia sobre sus hombros, incluyendo la cocina, la limpieza, la crianza y el trabajo de limpiar otras casas, oficinas y distribuir en la P.R.E.R.A (*Puerto Rican Emergency Relief Administration*); por las tradiciones y los buenos principios cristianos que le impedían vivir a sus anchas como los machos; por la locura de su viejita de haberse tirado a la calle en aquel temporal y para no poner el nombre de su marido y el de Dios en tela de juicio se desquitó con Eva por haber tentado a Adán y haberlo hecho comer la manzana de Satanás, razón por la cual ella, al igual que todas las otras, parían con dolor y cargaban con aquel estigma pecaminoso entre medio de sus piernas y, por último, por lo hastiada que estaba de vivir aspirando a diario el serrín de la madera y el polvo del cemento de aquella media década de construcción que ya no soportaba. Al día siguiente pretendería seguir su ritmo, tal como si nunca hubiese despotricado desde el otro lado de la raya, pero por dentro se retractaría de haber arremetido contra la construcción porque por más que apretara el dolor, aquella casa era todo lo que poseían. Más adelante y en secreto, en su primera visita al templo, le daría gracias a su Virgen por no haberla dejado llegar al extremo o, tal vez, llegar más allá del desquicio y revelar los reproches y anhelos más íntimos, aquellos que nadie conocía, sobre todo lo harta que estaba de tener que sentarse en aquella letrina de mierda a secarse las últimas gotitas de orín con papel y no poder sujetar su órgano a lo macho, con la mano y escurrir las últimas gotas desde el aire y sin repercusiones.

Las enfermeras rodaron la camilla hasta la sala de operaciones. El doctor Gonzalo Galdeano Vizcarrondo impartía instrucciones específicas a sus ayudantes, mientras una de las enfermeras le ajustaba los guantes y le colocaba los espejuelos recién esterilizados sobre su nariz. La inverosimilitud de aquel delirio despotricante cada vez les causaba

más estupor y trastocaba la paz mental que exigía el procedimiento, por lo que se apresuraron a sedarla lo suficiente para que mantuviera la calma y no sintiera el corte de la navaja. Los cortes precisos del Doctor revelaron los interiores ocultos de Antonia, y con el último, lograron jalar por los hombros a Ramoncito Rodríguez Rosario. De una sola tajada, el doctor Galdeano le cortó la tripa que llevaba enrollada en su cuellito, y se escuchó a la enfermera que lo tomó en brazos y dijo: «Está enterito, igualito a la *mai*». La cirugía fue sumamente rutinaria; una vez el Galeno concluyó la intervención se aseguró que tanto madre e hijo se encontraban en perfectas condiciones y dio instrucciones de que le anunciaran las buenas nuevas al padre de la criatura.

—Buenas noticias, es un machito saludable, y no tuvimos percame alguno— explicó la enfermera.

—¡Ave María Purísima, sin pecado concebido! Yo sabía que el agua era un buen augurio, este nene va a ser como Noé, nos va a salvar de este diluvio— exclamó Estrella—. Felicidades Juanito, ahí te va el séptimo.

—¿Cuándo podemos verlo? —le preguntó Juan.

—Cuando indique el doctor Galdeano.

Dentro de la sala de cirugías el Galeno había dispuesto de la placenta y del cordón umbilical; concluía la cesárea con una serie de puntos de sutura para resguardar las entrañas en el vientre. Tiraba de la aguja y del hilo con aquel pulso calmoso, oriundo de la montaña. Silenciosamente, sus familiares lo cargaban bien impregnado en su ser y, sin saberlo, lo manifestaban en una soltura de movimientos distales con la cual honraban con orgullo la habilidad de cavar y esculpir figuras de los troncos de cedro y caoba. Gonzalo Galdeano no había nacido con la pasión por la madera, por lo que desde pequeño se refugiaba en los libros. No fue hasta mucho más tarde, a los veinticinco, cuando cursaba su quinto año en la facultad de medicina, que entendió que la pericia distal que empleaban sus familiares sobre la madera era idéntica a la que requería el bisturí para abrir la piel y volverla a cerrar.

Después del parto, Estrella del Mar siguió los pasos lentos y pesados del Galeno muy de cerca, hasta que lo encontró escribiendo notas en su oficina. A pesar de seguir viviendo más allá del exceso y de ser la primera en soportar los estragos de una vejez más larga que una vida entera, podía jactarse que sus achaques nunca habían sido factores que entorpecieran su

capacidad ambulatoria. El Galeno la recibió con la amabilidad de toda la vida y con su tradicional: «¿En qué le puedo servir?».

Estrella no contestó y, sin que le ofrecieran la silla, alcanzó a sentarse. Hacía rato que traía impregnado en sus fosas nasales el olor estéril del hospital, como si fuera una mezcla de alcohol, agua oxigenada y yodo y, en aquella oficina, la intensidad se exacerbaba, tal y como si emanara de los poros de aquel hombre. Fue explorando la oficina con la vista y con las manos hasta que contestó con otra pregunta mientras miraba los diplomas en la pared.

—¿Dónde queda esa ciudad?

El Galeno la observó detenidamente, registrándola por encima de los lentes pero demostrando su amabilidad natural, la que no divulgaba prejuicio ni intenciones de defraudar con insinuaciones de primera instancia. La urgencia del parto impidió que se enfocara en aquella viejita que había insistido en asistirlo en su deber, pero una vez la tuvo de cerca la miró con reverencia y respeto. Estudió sus arrugas, escrudiñó sus canas, y detuvo su mirada en los saquitos azulados de piel estirada que colgaban bajo los ojos grises y profundos. Observó los labios chamuscados que ocultaban los pocos dientes que aún masticaban, y la curvatura de la espalda que indicaba que aquel cuerpecito se había encogido más de un decímetro de estatura. De cerca, la tez antigua revelaba hilachas de piel, como si fueran capilares externos que se extendían desde la frente hasta el cuello, hasta se le asemejó a un mapa de los ríos y riachuelos de la Isla y se maravilló al acertar que la melanina de aquella piel todavía tuviera la destreza de combatir el sol del Caribe y el escarnio del salitre. A pesar de todo lo observado, no se permitió juzgar la edad, aunque no tardó en convencerse que el ropaje del otro siglo que cubría aquel cuerpecito triste y acurrucado pertenecían a la mujer más anciana, pero cuerda, que jamás sus ojos habían visto.

—En España, en el norte, en la región de Galicia, o sea la España gallega, que queda para el lado del Atlántico —contestó el Doctor de buena gana.

—¿Y por qué se fue tan lejos a estudiar? —preguntó la anciana sin tener una idea precisa de dónde quedaba aquel lugar.

—Bueno, yo quería estudiar medicina, y hasta la fecha de hoy, aquí en la Isla no hay escuela de medicina, aunque la esperamos abrir para el año que viene.

—¿Y cómo es eso por allá? —indagó la viejita quien nunca había visto un globo terráqueo.

—Normal, se come, se vive y se trabaja, a unas seis horas de adelanto comparado con la hora caribeña, con bastante frío en invierno, con un mar frío, se habla gallego por todos lados, incluyendo en la Universidad, la cual tiene unos 450 años de existencia; en esos tiempos se viajaba en barco y no regresé hasta que terminé y aprendí de todo: desde cómo curar catarros hasta hablar en gallego y euskera.

—¿En bote? ¡Dios santo! ¿Cuánto tarda un bote en cruzar hasta allá? Y para colmo, el sol no sale hasta seis horas después.

—Dos semanas tarda.

—Yo no sé lo que es euskera, pero dígame, ¿cómo se dice, buenos días en ese idioma?

—*Egun on.*

Gonzalo se embarcó a sus veinte años y deambuló dos semanas por la borda de aquel transatlántico, el cual, a pesar de navegar sobre el mismo mar de toda la vida, le reveló un tanto hostilmente que aquel mar se tornaba muy distinto en altamar y bastante frío en la otra orilla. Su capacidad intelectual era envidiable. Logró superar todos los retos que le planteó su carrera académica, incluyendo las tertulias eternas que sermoneaban algunos de los profesores en gallego, pero no pudo superar la desdicha de la soledad y la nostalgia. Sin darse cuenta, se dejó arrastrar por su soledad hasta que sucumbió ante los encantos de un amor que no plantaba bandera en tierra firme y no clamaría su patria como suya. Quedó hechizado en los brazos de aquella mujer norteña, quien siempre prefería hablarle en euskera a la hora de darle su amor: «Gonzalo, ¿*Zer moduz maitia?*», le decía a la hora de saludarlo. Su corazón quedó marcado para toda la vida, y muchos años después, aún usaría palabritas del euskera en su diario vivir, sobre todo las que había aprendido en la cama con ella: no fumar (*ez erre*), de nada (*ez borregatik*), amor (*maitia*), y el vamos papi (*goazen aitatxo*). Sus pacientes juraban que simplemente hablaba en términos medicinales.

—Aún no me ha dicho en qué le puedo servir —recalcó el Doctor.

—Mire, es que, bueno, usted sabrá que a mí me dan todas esas cosas..., achaques, y quería que usted me diera su opinión, pues ya usted ve, yo estoy más vieja que Matusalén.

Estrella se había sentado sin invitación en aquella oficina, buscaba temas de conversación que evitaran revelar el verdadero motivo de su visita, esperando que fuera él quien descifrara por arte de magia el calvario de su crisis existencial. Después de varios: «Usted sabe; mire..., es que a mí me duelen todos mis males más que a nadie» que empleó para seguir evadiendo el punto, después de utilizar diferentes estrategias para dar paso a una conversación donde se asume que la otra persona sabe de lo que se está hablando, aunque realmente no sepa, no tuvo de otra que ir al grano y confesar los detalles más íntimos de su desdicha.

—Mire Doctor, es que yo he *superado* muchos de los males de los otros tiempos en todas estas décadas de vida, dejé atrás el mal de la pobreza, el de la desdicha, el de la soledad, el mal de orín, el de las palpitaciones y los dolores del pulmón inflamado, el mal de la fatiga hepática y, sobre todo, el mal del miedo; pero no puedo más con el mal de la espera: ya son muchos años de espera doctor. Usted sabe mejor que nadie que a la vida se le fue la mano conmigo y me ha *concedido* hasta las añapitas, porque con mi edad y mis achaques era para estar siete pies bajo tierra hace rato; como unas dos o tres décadas atrás, pero esta Muerte no me quiere hacer el favor. Me persigue por *to's* lados, se ríe de mí, me acompaña con el café de las tres a mi *la'o*, y tiene que ser ella la que deja la otra taza en la mesa por las noches, porque que yo sepa, yo nunca sirvo dos. Le escucho el pesar que trae encima por ser vagabunda; ese tufo a tinieblas que arrastra, le veo las pisadas cuando camino por la tierra, nunca al frente, siempre detrás de la mías; reconozco su burla cuando me deja la puerta de atrás entreabierta, pero no me hace el favor de cumplir su cometido. Así que dígame, distinguido señor, ¿cómo me puedo morir por mí misma? A este paso llegaré a ciento cincuenta en este cuerpo *desmadrado*, podrida en vida —dijo Estrella por fin desahogada.

El Doctor disimuló el cansancio de tres días de internado y el asombro de aquella revelación y, sin dudar de la seriedad del asunto, se quitó los espejuelos y se estrujó los ojos. Juraba haberlo escuchado todo en la vida, desde los males causados por el judío errante, las migrañas diabólicas, la saliva venenosa de los poseídos por el demonio, las toses secas que anunciaban la parusía, la mujer con dos corazones, el hombre que vivía sin hígado y hasta el méndigo que nunca había comido. Aprendió a poner oídos sordos cuando le exigían milagros, remedios que aún no

existían, y sobre todo, cuando le pedían maneras para evitar la muerte, pero que alguien la pidiera era sumamente descabellado. Allí todos querían ser eternos. Enfocó la mirada en las retinas grisáceas de la anciana, mientras escuchaba la resonancia quimérica de aquellas palabras en su cabeza.

—Así que se está muriendo, pero la misma Muerte no le permite morir.

—Sí. Así es. ¿Qué puedo hacer para contrarrestarlo y acabar de morir-me de una vez y por todas?

—Mire, mi mandato profesional y mi formación académica oscilan entre preservar la vida y prolongarla, en cambio, terminarla y divulgar estrategias para conseguirlo no están en mi jurisdicción como médico; dada su edad y sus preocupaciones infundadas en miedos irreales, lo mejor que puede hacer es encomendarse a la Divina Pastora y tomar té de manzanilla para que despeje la mente; y si alguno de esos achaques le causa mucho malestar, le podría recetar aspirina para el dolor —dijo con una sonrisa en sus labios—. ¿Cómo es eso de que usted le ve las pisadas en la tierra a La Muerte? —añadió con pizcas de sospecha.

—*Na*; no es nada, es solo un decir.

—Mire, la vida es corta y se nace para morir, pero mientras se vive y uno se olvida de que se tiene que morir, se aprende y se sufre, lo cual le ayuda a uno a crecer y, mientras más viejo se pone uno, más se aprende a sufrir. Para vivir solo hay que querer vivir porque morir no es fácil.

—Entonces conmigo rompieron el molde.

Estrella se marchó un tanto decepcionada de no haber podido encontrar respuesta a su situación y un tanto molesta de haberle confiado lo más íntimo a un desconocido. Cerró la puerta de la oficina y, antes de entrar en la habitación de Antonia, se quedó pensando en lo difícil que tendría que haber sido para aquel flacucho acostumbrarse a almorzar en aquella tierra tan lejana a las seis de la tarde y cenar a la medianoche; le dio gracias al Dios del cielo, porque en su rincón criollo el sol salía siempre puntual, tempranito en la mañana y las manecillas del reloj nunca le adelantaban la hora del café ni la de la siesta.

La mañana siguiente a la cirugía, Antonia logró reponerse lo suficiente para caminar hasta el baño. Se puso de pie y se sujetó la barriga desarticulada, amorfa y sintió por primera vez la punzada de la incisión. Se percató de aquellos puntos de sutura que le sujetaban los pellejos de la piel: los

primeros en alterar la topografía subcutánea de su cuerpo y, mientras los contemplaba, comenzó a preocuparse por lo tarde que se había levantado y por lo mucho que tenía por hacer. A pesar de que estaba destartada por la resaca inmisericorde de las diez horas del parto imposible y desbaratada por la incisión del rescate abdomino-uterino, comenzó a hacer un recuento mental de la agenda del día. En su casa había demasiado por hacer y demasiadas bocas que alimentar; conducir la empresa de su hogar desde la cama del hospital era una tarea imposible de cumplir. Le preocupaba la ansiedad de Conchita dado que solo ella conocía las palabras correctas para dominarla y, si no se tomaba sus medicamentos matutinos, Juan tendría que encerrarla a la fuerza con las muñecas para que no se pasara todo el día desperdiciando agua en la bañera o reventando paredes y trastes con su torbellino trastabillante.

Estrella estaba roncando en el sofá con su característico sueño pesado, el que por lo general hacía presencia después de las dos de la mañana; ni se enteró que su muchacha se tambaleaba como un barco a la deriva buscando las aguas tranquilas de la bacineta. Con el gorgoteo que surgió con el bajar de la cadena, Estrella comenzó a delirar; hablando de otros tiempos, con los ojos bien abiertos y la mente bien dormida.

—¡Ave María! Que no me coja la tarde, que yo no quiero perder el día —balbuceaba la anciana sumergida en un momento muy distinto al presente—. ¡Bendito! Que Sinforoso se me asusta cuando no tiene café listo en las mañanas y se me afloja, le entra la pena, se apaga y se me pone pálido. Y la maranta de pelo de Negri; hay que desenredarla y peinarla para que pueda sobrellevar el día, y el suspiro de Alfonsito. ¡Dios mío! Que ese duerma más *pesa'ó* que yo, y hay que saber levantarlo para que vaya a la Central.

—Mamita, respira. Piensa y abre la mente que está de día... Estrella, tranquila, despiértate —le susurraba Antonia desde el baño, quien conocía aquellos episodios del delirio nostálgico de su viejita mejor que nadie.

—Es que estos muchachos se hacen un ocho sin mí, y... bueno, ya; ya mismo, ya mismo. Mira, que se puso de día... ¿Dónde estamos? Ya te paraste, entonces ya mismo nos vamos —refunfuñó Estrella mientras se devolvía de mala gana a su realidad cotidiana.

—Ayúdame a sentarme en la cama que esta herida parece que esta *inconá* —dijo Antonia—. ¿Y Ramoncito, cómo está ese muchachito?

—Nació *cria'o* y no se ha *despega'o* de la botella.

—¿Y la lluvia ya paró? —preguntó la recién parida.

—¡Que va mujer! Todavía está *nubla'o* y llovizando.

—¡Ay bendito! Entonces Juan todavía está con las ganas de mezclar cemento. Bueno, entonces vamos a recoger que nos tenemos que ir *pa* la casa. Hay que hacer el arroz del mediodía y hay que limpiar el reguero que dejamos, aparte de que hay que darle el arroz *amogolla'o* a papi.

—Te tendrás que escapar porque el médico ordenó reposo total, y nos advirtió de que no te puedes ir hasta que esté *convenció* que la herida sana bien.

Antonia inspeccionó su incisión y se convenció de que con un poquito de sábila la herida sanaría sin demora. La enfermera de turno entró en la habitación para hacer las gestiones matutinas con la paciente, entre ellas, curarle la incisión, tomarle la presión, darle su desayuno y darle el medicamento para el dolor. La joven enfermera contestó todas las preguntas que le hicieron: «Mire, el Galeno la operó para que no tuviera más hijos y, a diferencia de un parto natural, después de una cesárea hay que mantener mucho reposo; no se ponga a hacer fuerza para que no se le abra la herida».

Una segunda enfermera entró en la sala con la criaturita en brazos, para que conociera a su madre por primera vez.

—Deme a ese muchachito acá. ¡Dios me lo bendiga y me lo proteja! —replicó Antonia mientras lo inspeccionaba y se lo pegaba al pecho para que mamara—. ¿No me lo cambiaron, verdad?

—¡Qué va a ser, señora! Si este es el único que hemos tenido aquí esta semana, y nosotras nunca fallamos —dijo tranquilamente la enfermera, y antes de irse le recordó—. No olvide que usted tiene suturas internas, en la matriz, que requieren más cuidado y mayor tiempo de recuperación.

Las dos mujeres asentaron que entendían con la cabeza, pero ambas no creían que aquella situación fuera para tanto. Estaban asombradas por lo bien que se miraba el recién nacido, maravilladas con la ciencia que, en casos como aquellos, intervenía en los partos y con un corte preciso con la navaja los salvaba. Como les reiteraría el Galeno al día siguiente: «Las cesáreas son tan antiguas como el gran Julio Cesar del Imperio romano, pero en esos tiempos de seguro se llevarían a cabo sin anestesia y, en la

mayoría de los casos, se efectuaban después de la muerte de la madre para tratar de salvar al tiernito». Antonia no se permitió pensar mucho al respecto y evitó sentir el peso de lo que pudo haber sido aquella realidad; solo se permitió pensar que con procedimientos tan rudimentarios las hemorragias serían difíciles de aguantar y no habría sábila ni hierbas que secaran una sutura mal hecha e infectada.

Antonia tuvo que ceder y no necesariamente en contra de su voluntad. La resaca de la operación sobrepasaba la urgencia de regresarse a su rutina diaria. Sin más remedio, se confinó a las cuatro paredes de la habitación del hospital y tuvo que seguir las instrucciones de su médico al pie de la letra, incluyendo tragarse las habichuelas desabridas sin sofrito y la carne que, de seguro, carecía de culantro y achiote. De todas formas, peor que la dieta fue soportar las ganas de tomarse un buen café colado de su propio colador. Se acomodó lo mejor que pudo en aquella cama con barandas de metal, se encajó al recién nacido entre su pecho y el brazo y descansó tal y como le ordenó el doctor Galdeano, dado que se sentía descompuesta desde muy adentro hasta bien afuera, como diría más adelante: «Chacho; las cesáreas desbaratan desde las tripas hasta los poros».

Al mediodía apareció Juan con las noticias del mundo exterior. Los hijos habían sido atendidos en la mañana por la vecina con pan de mantequilla, jamón y mantequilla y, como sus dos hermanas no llegaron, Millita también le sirvió a Diomedes bajo la sombra del palo de aguacates. Después de ponerlas al día con los por menores de la vida cotidiana de la casa número 14, les anunció que era viernes y que con su atardecer, aquel día había traído una brisa tibia y tenue, la cual prometía un firmamento forrado de estrellas y, por primera vez en cinco días, la imagen de la luna se reflejaría sobre la calma nocturna del atlántico. Se mantuvo serio, firme — como solía hacer con sus sensaciones gratas— y se mordió los labios para disimular su regocijo ya que por nada quería revelar que, al igual que un niño, se moría por dentro ante la expectativa de aquella noche estrellada, la cual le aumentaba la corazonada y el buen augurio de un sábado seco, apto para mezclar cemento. Estrella tenía razones de sobra para quedarse con su muchacha, y solo le bastó observar las pupilas de Juan para entender que se moría por dentro por terminar la letanía de la construcción.